

OBSERVACIONES

SOBRE

LA BANDURRIA DE INVIERNO

POR

EMILIANO J. MAC DONAGH



LA PLATA
REPÚBLICA ARGENTINA

—
1942

Imprenta y Casa editora «Cosí», Perú 684, Buenos Aires

OBSERVACIONES SOBRE LA BANDURRIA DE INVIERNO

POR EMILIANO J. MAC DONAGH

En una estanzuela situada en el partido de Navarro, a menos de cien kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, su dueño, don Miguel Ferrando, mantiene desde hace varios años dos « bandurrias de invierno », de las migratorias, en semi-libertad. Las estudié gracias a la hospitalidad de dicho señor, quien me facilitó los datos que consigno más adelante. Agradezco a él y a su señor hermano don Luis M. Ferrando las facilidades y las informaciones, siendo el último mi compañero en los viajes, efectuados en noviembre de 1940 y enero de 1942.

Esta bandurria, o « ibis » como la llaman los autores de habla inglesa, recibe en la provincia de Buenos Aires el nombre de « bandurria de invierno » porque en esta estación aparece viniendo en migración regular desde el sur patagónico y fueguino, donde anida en la primavera y reside en el verano. Es una subespecie o raza geográfica, *Theristicus caudatus melanopis* (Gmelin), de una especie representada además por una forma restringida a los altiplanos y laderas orientales del Perú y Ecuador, y otra de más vasta distribución que va desde el sur de nuestro Chaco hasta Colombia; de estas dos no se sabe que sean migratorias: ello aumenta el interés por el estudio de la del sur, por lo cual me he preocupado de aportar los datos de la presente nota.

El primer ejemplar de la casa del señor Ferrando fué capturado en el invierno de 1934, por julio o agosto, en días lluviosos; formaba parte de una bandada de medio centenar que apareció por

el lugar, llamando la atención por sus gritos fuertes y resonantes; la bandada se asentaba a comer y a dormir en diversos puntos del campo y estuvo varios días por allí. El señor Ferrando reconoció el ave pues la había visto en el sur de la provincia, y en Necochea vió una bandurria que fué capturada herida y se la tuvo en una quinta o chacra por ser un ave insectívora muy útil; pensando en aprovecharla así, trató de cazar alguna, lo cual le fué difícil por lo ariscas que eran y lo alto que volaban, pero al fin se pudo abatir a dos, una muerta y esta otra herida en una ala, que fué curada y se le dió un tajo en el ala o hueso de la mano, como lo llaman, para que no volara. La prisionera y la bandada se gritaron mutuamente por unos días hasta que la bandada se fué. El señor Ferrando hacía cosa de un año que estaba establecido allí y era la primera vez que veía en esa zona estas aves; los pobladores más viejos no recordaban haberlas visto.

Ahora bien; al año siguiente y más o menos en los mismos meses de julio o agosto apareció en el campo un ejemplar solitario de la misma ave, gritando fuertemente, como suelen hacerlo y entablando un diálogo con la cautiva, que mostraba gran excitación y cuyos gritos, según me cuentan, eran insoportables de agudos y continuos. El señor Ferrando pensó que habían formado antes un casal y que se atraían, lo cual le despertó la ambición de capturar al nuevo visitante. Como quiera que éste se arrimaba cada vez más a la casa, manteniendo el coloquio de gritos con la bandurria del año anterior, armó una trampa frente a la huerta, con unos marcos de alambre tejido de los que se llaman en el campo zarzos para pollos, la cebó con carne picada, y se puso al acecho teniendo una cuerda para hacer funcionar la trampa. Después de algunos días de espera tuvo éxito y consiguió la nueva bandurria sin heridas, le dió un tajo en el ala como a la anterior y la soltó en la misma huerta que ésta. De inmediato fueron buenas compañeras. Así, pues, en la época de mi segunda visita una tenía ocho años de residencia y la otra siete. Ambos ejemplares están en una huerta plantada con diversas hortalizas y que también tiene árboles frutales y cuya extensión es de unos 30 por 50 metros, rodeada de alambre tejido. No hay otros animales domésticos con ellas.

El estado de las bandurrias es aparentemente muy bueno ; una de tamaño un poco menor, tiene un ala un poco caída. El ejemplar mayor lo es visiblemente, pero sin gran diferencia ; se lo aprecia en la estatura y el volumen ; su bolsa gular es algo más grande y pendiente. No se notan otros caracteres de diferenciación externa o de comportamiento.

Las dos bandurrias prefieren andar juntas, y cuando se las busca entre el sembrado o vienen a comer, así andan. Su paso es activo, casi inquieto, pero fuerte al modo andariego y propio de su morfología ; frecuentemente van agachadas, o de erguidas que están se agachan a picotear el suelo, o gritan bajando la cabeza ; otras veces, aún en medio de la agitación que les producía nuestro rodeo de observadores, se peinan las plumas o hurgaban entre ellas con su pico, en posiciones de escorzo.

Los gritos corresponden a los descriptos varias veces por los autores. Primero el *ta-ril*, metálico, semejante a nota de cuerda tensa, y que parece ya tradición popular que se dé como el origen de su nombre, por una semejanza con las notas con que se templaba el instrumento de cuerdas llamado bandurria, si es que no alude a la guitarra. Segundo, el *cule-cule*, de menor fuerza y que repiten mientras andan inquisitivamente de un lado al otro. Tercero, el *cudc-cudc*, de rezongo o amenaza, gutural, cuando se las incomoda. Finalmente, cuando fué necesario apresar una de ellas para observarla de cerca, se defendió robustamente, emitiendo gruñidos alternados con chillidos como de un lechón, tan fuertes y furiosos como suelen ser los de éste.

En esa oportunidad aproveché para medirle el culmen, que es de 150 mm., lo expuesto.

Comen carne de vacuno cruda, picada, y pan en pedazos, con leche ; en la huerta comen libremente los insectos que pueden capturar, ya sea las *isocas* (orugas) o los « gusanos » (generalmente esto quiere decir larvas de escarabajos) y también lombrices. Para buscar larvas subterráneas hunden el pico en la tierra removida de la huerta, « hasta los ojos ». Como dije más arriba, el señor Ferrando había observado años antes en Necochea, al sur de la provincia de Buenos Aires, una bandurria de invierno en cautivi-

dad, la cual era muy útil en una huerta, pues se alimentaba de los insectos del suelo, especialmente las larvas subterráneas; es decir, que estas observaciones en ambos lugares tienden a probar la especial adaptación de su pico largo y encorvado. Un caso curioso presentaban estas bandurrias con respecto a los cultivos de porotos, pues confundían los porotos plantados y embrionados con larvas y los desenterraban, hasta el punto que fué necesario renunciar a plantar porotos en la huerta cercada donde estaban estas aves.

La observación biológica más significativa fué la construcción de un nido o remedo de tal (lám. II, y fig. 1). Estaba colocado detrás de una casilla de troncos, algo a la sombra, del lado del sur. Consistía en una plataforma, bastante alta, como de unos setenta centímetros sobre el suelo, armada con ramas cortadas, provenientes de la poda de los árboles frutales, especialmente los durazneros; las bandurrias lo habían edificado de a poco y según se creía, las dos aves intervenían en la tarea. Les llevó varias semanas el construirlo, y luego de las camadas de « palitos », acumularon ramitas más finas y gramíneas y tallos de otras plantas que servían para lograr un nido más mullido. A juicio del señor Ferrando, solamente una de las aves se sentaba en el nido. Así la vi en mi primer visita. Estaba de a ratos y bien instalada. Al arrimársele producía como gruñidos de alarma y reprensión, hasta gritos, agitándose y mirando airadamente de un lado a otro, irguiendo las plumas del copete (fig. 1). En mi segunda visita, el nido había sido parcialmente destruido, en parte por la acción de la intemperie, en parte por unos arreglos que los peones efectuaron en el cerco, y las bandurrias parecían haberlo abandonado.

Ahora bien, nunca se había observado postura de huevos. Sin embargo, esto no prueba que no se tratase de un casal, pues si no se observó que hubiere acto de cubrimiento, ello puede pasar desapercibido ya que no siempre están a la vista del escaso personal de la estanzuela, gente muy atareada en los quehaceres del campo. Allí lo explicaban (pues están bien convencidos que se trata de un casal) por el hecho que se les había « cortado el ala » (« hueso de la mano ») y que los machos de las aves de corral a los cuales se efectúa esta operación son incapaces de fecundar. Esta es una

creencia muy extendida entre los criadores. He consultado sobre ello al doctor César Labarthe, profesor de Avicultura en nuestra Facultad de Agronomía, y me ha explicado que se trata solamente de una inhabilidad parcial, de orden mecánico, respecto del sostén del cuerpo, y de ningún modo una incapacidad genésica. Debe añadirse sobre esta falta de postura lo que sabemos respecto de



Fig. 1. — Una de las bandurrias asentada en el montón construido por ellas como nido. Obsérvese que está irritada por la presencia del observador y que esponja las alas y levanta como un copete las plumas del píleo.

la ovulación y postura en las aves y especialmente las migratorias, fenómeno que está regulado por funciones gonadotrópicas de la pituitaria, y que como dice Wolfson (1941, 132), « Es bien sabido que el lóbulo anterior de la pituitaria produce las hormonas gonadotrópicas. La producción o liberación de esas hormonas está bajo el dominio del sistema nervioso en algunos casos, pues es evidente que los estímulos visuales, táctiles y de comportamiento (« behavioristic ») pueden afectar a la pituitaria en las aves. En la

paloma, la ovulación se produce solamente después de la unión o como resultado de una excitación emocional; las palomas aisladas no ovulan ». Esta cuestión tiene otras dificultades y es de más difícil resolución en las aves migratorias, habiendo sido estudiado modernamente en la forma de una comparación entre una raza

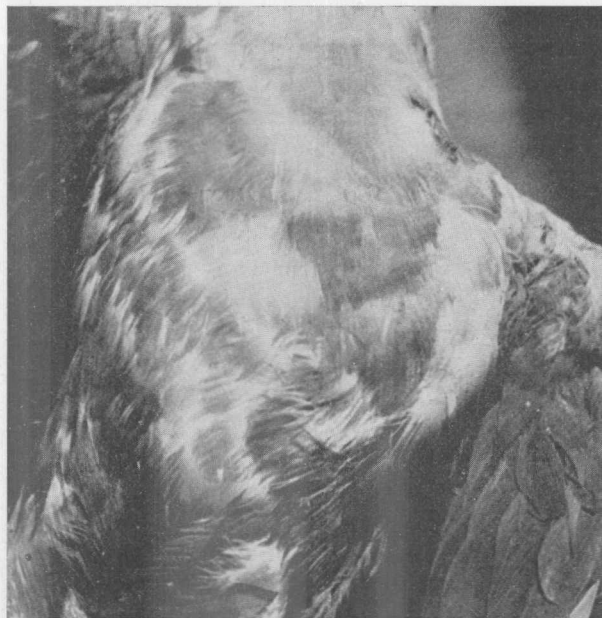


Fig. 2. — El pecho de una de las bandurrias para mostrar el emplumado, y se observa que el collar gris característico de esta subespecie está interrumpido al medio.

migratoria y una residente, pertenecientes ambas a una misma especie, e investigadas en una vecindad geográfica.

En cuanto a la subespecie a que pertenecen los dos ejemplares de Navarro es la del sur, *Theristicus caudatus melanopis* (Gm)., como lo determiné por la comparación de los datos anotados sobre ellos en el lugar y sobre los materiales del Museo de La Plata, especialmente los de la localidad de Cristiano Muerto, partido de Necochea, provincia de Buenos Aires, cuyos colores son más frescos

pues son de más reciente data. Uno de estos tiene el culmen (medido lo expuesto) de 146 mm. En los de Navarro la franja gris del pecho está interrumpida, no tocándose sus dos ramas en el medio ; así puede verse en la figura 2, la cual fotografía fué tomada reteniendo el ave cautiva. En el otro ejemplar la separación es menor.

Para mayor convicción respecto de la identificación racial de las bandurrias de Navarro, puede agregarse que la fecha de su migración fué la del sur, y que de la subespecie o raza geográfica del norte no sabemos de una migración general, y, por lo demás, nunca se la ha señalado tan al sur.

La bolsa gular (fig. 3) es de color negruzco fumoso opaco, y puede ser muy colgante, flácida ; como digo, una bandurria la posee más grande. En ambos se ve cómo abarca desde ambos lados de la quijada inferior, que está emplumada. Es flácida y plegada, con la superficie granulosa. Esta piel es elástica, aunque se la puede ver flácida, como en la lámina I ; en el ejemplar atrapado verifiqué la elasticidad, como la de una goma.

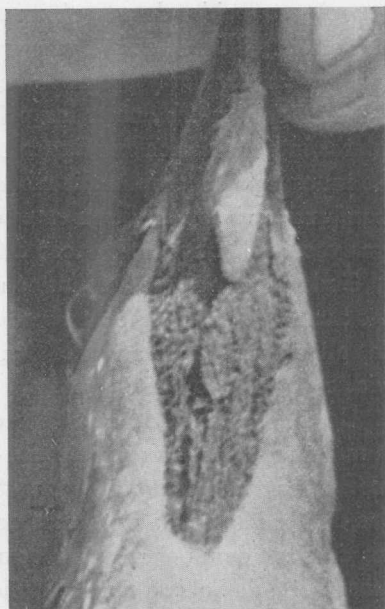


Fig. 3. — El espacio desnudo y de color negro que forma la bolsa gular dilatada y que rodea la franja de plumas de la quijada inferior.

Steullet y Deautier ya dieron forma definitiva a la distribución de las dos subespecies que habitan la Argentina (1936: 290-293):

1° La *Theristicus caudatus caudatus* (Boddaert) que viene desde Venezuela, Colombia, las Guayanas, por el Brasil y el Paraguay hasta el Uruguay, siendo señalada entre nosotros en Formosa, Chaco, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba, Mendoza, Entre Ríos, Corrientes y hasta el norte de Buenos Aires.

2° La *Theristicus caudatus melanopis* (Gmelin) que viene desde el Cabo de Hornos, por Chile y el sur argentino, como son Tierra del Fuego, las Malvinas, hasta el sur de Buenos Aires, donde es migratoria en invierno, llegando a veces al norte de esta provincia. Debe recordarse que Wetmore aun en 1926 (págs. 64 y 65) las trataba como especies diferentes, reconociendo que « Las tres especies conocidas de este género son complementarias en su distribución y difieren una de otra en una serie de caracteres de una manera tan regular y progresiva como que indicase una afinidad estrecha : en verdad, no es imposible que por fin se consigan ejemplares intermediarios que liguen las tres como formas geográficas de un especie de amplia distribución ». Sus observaciones sobre bandurrias vivas se refieren en este trabajo a la forma nortea, cuyas voces y hábitos no parecen diferir gran cosa de lo anotado.

Todavía en 1931 Peters las consideraba como especies diferentes ; como se sabe, la forma *brannicki* Berlepsch y Stolzmann, de las altiplancies templadas del Ecuador, el Perú y del norte de Bolivia, es de ámbito más limitado.

Considero oportuno aquí volver sobre uno de los caracteres, que a mi juicio debe estudiarse más a fondo. En el prolijo examen de Berlepsch y Stolzmann (1892 : 389-393), insisten los autores en las diferencias por la existencia del saco gular ; de la forma *melanopis* dicen de un ejemplar (cierto que es de Yca, Perú) que « posee una suerte de bolsa o saco del todo desnudo en el medio de la garganta ». Es solamente la parte inferior de la garganta (o el mentón) que presenta una línea emplumada a lo largo del medio. Esta línea emplumada está separada de las plumas del cuello inferior por la bolsa desnuda de que venimos de hablar. » Y luego : « Los ejemplares de estas aves del Brasil y Colombia [que han examinado] no tienen ninguna huella de la bolsa (o saco) gutural. Poseen una gran banda emplumada a lo largo de la garganta, que se junta por abajo con las plumas del cuello inferior (sin interrupción). Son solamente los lados de la garganta a lo largo de la banda emplumada, el mentón superior y los lados de la cabeza alrededor del ojo, que están desnudos ». Esto se refiere a la forma *caudatus*. En nota (pág. 391) agregan que, sin embargo, Berlepsch ha tenido

luego oportunidad de examinar algunos *Theristicus melanopis* de Chile; uno de esos no tiene rastros de saco gular, sino la línea emplumada como en *Theristicus caudatus*, pero por los colores del plumaje pertenece a aquella forma. « Queda, pues, dudoso ¹ si no habrá dos formas de *Theristicus* en Chile o si el *Theristicus melanopis* en alguna edad (¿ o sexo ?) carecerá de saco bajo la garganta ». Pero los colores de las dos « especies » son constantes y ninguno de sus ejemplares de la típica poseen la bolsa o carecen de la estría emplumada.

La monografía del género por el conde Salvadori (1900: 514) elogiada por Wetmore (1926) no pone mucho énfasis en este pormenor pero señala que uno de sus ejemplares de la forma *melanopis*, en el cual la banda gris transversa es poco notoria, « es notable porque tiene la línea emplumada a lo largo del medio del cuello limitada a la parte superior, mientras que más abajo la garganta es enteramente desnuda aún en el medio ». Otros dos ejemplares, de Chile, que Salvadori considera inmaduros, tienen esa banda enteramente emplumada.

La fotografía tomada de un ejemplar de los de Navarro mantenido a viva fuerza, muestra claramente la disposición de la bolsa, en cuyo medio la quijada está emplumada (fig. 3).

Finalmente, nuestro ejemplar de *Th. c. caudatus*, de Orán, Salta, un macho, coleccionado por Gerling, en mayo 14, 1896, ya citado por Steullet y Deautier, cuyos colores son característicos, y el culmen expuesto es de 150 mm, posee la franja emplumada, continua, de modo que los espacios negros desnudos están solamente a los lados.

Para las comparaciones del caso transcribo las referencias que siguen, extractando lo referente a costumbres y distribución estacional.

Cunningham (1871: 136-137) en su libro sobre la historia natural del estrecho de Magallanes dice, entre otras cosas, lo siguiente, que nos interesa: « El pico y un espacio gular son negros, y

¹ Scott y Sharpe, 1912: 353, dicen que no parece haber diferencia en el tamaño o proporción del retazo de plumas en la quijada, en correlación de sexo.

las patas son rojo mate (« dull »). El vuelo es poderoso, y se requiere un buen impacto para abatirla. El grito es muy peculiar y sonoro, y no fácil de describir. Ha sido comparado por Mr. Darwin al relincho del guanaco, pero en esto no estoy de acuerdo con él. Los ejemplares examinados por el distinguido naturalista recién mencionado tenían en sus estómagos « acridios, cicadas, pequeñas lagartijas, y aún escorpiones »; mientras en aquellos que yo examiné, la principal fuente de alimentos parecían haber sido las orugas. Al examinar cuidadosamente los órganos respiratorios de un ejemplar muerto en enero de 1869, encontré que la porción de la tráquea debajo de la inserción de los músculos esterno-traqueales, aunque no presentaban ninguna peculiaridad notable de forma, tenían los anillos anquilosados de manera que formaban un tubo no movable, y sin duda esto sirve para modificar la voz ».

Crawshaw (1907 : 89) considera la especie como una unidad, según se lo creía en su tiempo, y resume las noticias de Azara y otros. Sus propias observaciones se concretan a lo siguiente : es un visitante de verano a la Tierra del Fuego, llegando apenas cede el invierno. Los primeros que vió en el año fueron un par, volando alto y gritando, por Bahía Inútil, el 28 de agosto ; describe sus gritos, creyendo que las diversas grafías dadas por los autores (aún para la forma nortea) tienen su justificativo, pues es muy variada la voz según cómo y desde donde se las oye. « Muchas veces he creído que era el relincho de un guanaco, y viceversa. Me pareció que más se parece al *tink-tink* del yunque de un herrero ; musical y como una campana a la distancia, pero de cerca es más profundo, más áspero y más intenso ». Una característica digna de anotarse es la regularidad de su recorrido habitual diario desde el dormidero a los sitios donde come. Este autor no observó personalmente los dormideros y cree que no los tenían en los árboles sino más bien en barrancas de la costa o de las montañas.

En 1932 se publica la gran obra de Hellmayr sobre las aves de Chile, donde (pág. 309) se pronuncia definitivamente como Laubmann (1930 : 69) sobre el asunto en una frase cortante, en nota al pie de página : « Las tres especies » de este género claramente son miembros de una única « *formenkreis* ». En esta obra el autor

transcribe la vieja observación de Germain (1860) de que el ave « edifica en el mes de octubre un nido tosco en rocas abruptas y ásperas, en el cual deposita de tres a cinco huevos ; en las provincias del sur elige para su nido las cimas de árboles muertos, altos e inaccesibles, mientras que en el norte frecuentemente se refugia para este propósito en la Cordillera, a la altura de 2100 a 2400 mts. ». Lo cual Barros confirma solamente para los valles bajos.

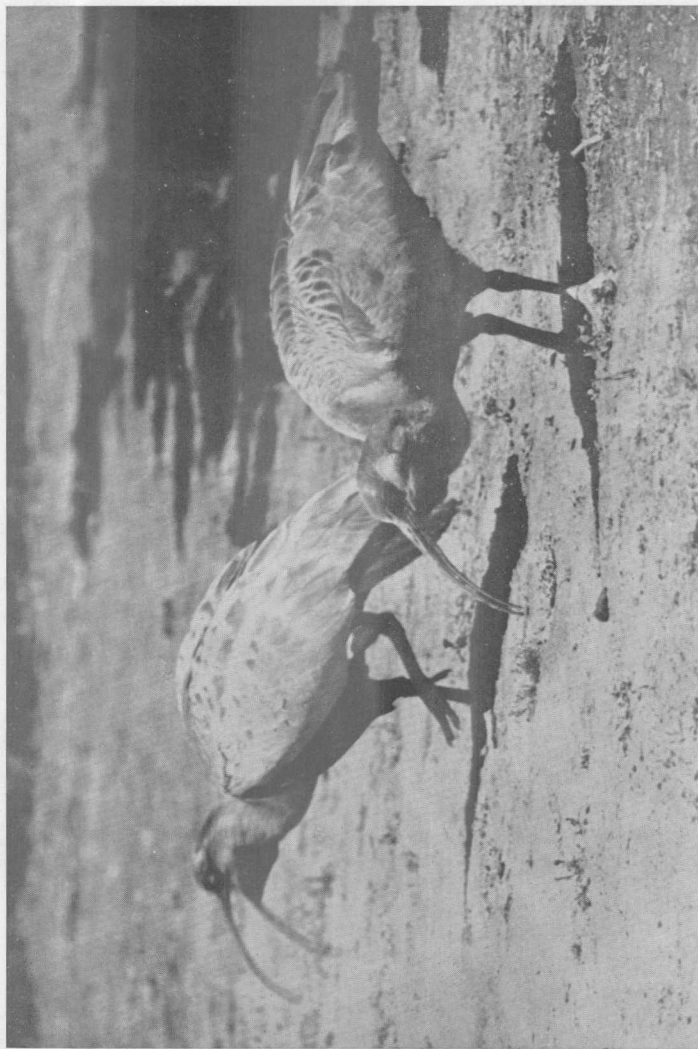
Agregaré que en diciembre de 1941 efectué una visita al notable parque de aclimatación de don Aarón de Anchorena, en la Barra de San Juan, Colonia, Uruguay, sobre lo cual espero publicar más adelante, y que en una pequeña isla de un gran estanque, bien arbolada, y con abundante vegetación de gramíneas y plantas acuáticas, habían liberado dos bandurrias adquiridas en una pajarería ; andaban libremente por allí. A una observación sumaria, parecían algo diferentes, pero del tipo del sur, aunque con ciertas diferencias en el color de las patas ; pero esto podía atribuirse, también a influencia del cautiverio en jaula, previo a su venta.

El ingeniero agrónomo don Luis De Santis, en uno de sus viajes de estudio a Carmen de Patagones, en el extremo sur de la provincia de Buenos Aires, (y recordemos de paso que por aquí está la « Patagonia » que conoció Hudson), en los últimos días de junio de 1942 recorrió la zona sin hallarlas ; el ingeniero Papini, Director de la Escuela Agrícola, ha visto muy pocas en varios años, y cerca de la costa ; otros observadores locales no las habían visto en ese año.

En los días de principios de septiembre de 1942 mis alumnos señores Angel C. Umana y Ricardo Novatti, que preparan sus tesis sobre aves, realizaron un viaje de estudios y colección por la zona de Tres Arroyos ; el primero de ellos trajo, además de otros materiales, preparados de órganos ; la lengua es triangular, como punta de flecha, con las usuales púas retrorsas, fuertes, y la tráquea como dijo Cunningham, casi rígida, con los anillos anquilosados.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- BERLEPSCH, HANS VON y JEAN STOLZMANN. 1892. *Résultats des recherches ornithologiques faites au Pérou par M. Jean Kalinowski*, en *Proc. Zool. Soc. London*, 1892 ; 371-411.
- CRAWSHAY, RICHARD. 1907. *The birds of Tierra del Fuego*. London.
- CUNNINGHAM, R. O. 1871. *Notes on the Natural History of the Straits of Magellan and West Coast of Patagonia*. Edinburgh.
- HELLMAYR, C. E. 1932. *The Birds of Chile*, en *Field Museum of Natural History*, Publication 308, Zoological Series, vol. XIX. Chicago.
- LAUBMANN, A. 1930. *Vögel (Wissenschaftliche Ergebnisse der deutschen Gran Chaco-Expedition)*. Stuttgart.
- PETERS, J. L. 1931. *Check-list of Birds of the World*, vol. I. Cambridge, Harvard Un. Press.
- SALVADORI, T. 1900. *On the Ibises of the Genus « Theristicus »*, en *Ibis*, vol. VI, 7th ser. ; 501-517, 2 láms. London.
- SCOTT, W. E. D. y SHARPE, R. B. 1912. *Ornithology*, en *Reports, Princeton University Expedition to Patagonia*, vol. II, 1 (tercera entrega). Princeton.
- STEULLET, A. B. y E. A. DEAUTIER. 1936. *Catálogo sistemático de las aves de la República Argentina*, en *Obra del Cincuentenario del Museo de La Plata*, tomo I, segunda entrega. Buenos Aires.
- WETMORE, A. 1926. *Observations on the Birds of Argentina, Paraguay, Uruguay and Chile*, en *Bulletin, United States National Museum*, 133. Washington.
- WOLFSON, A. 1941. *Light versus activity in the regulation of the sexual cycles of Birds : The role of the Hypothalamus*, en *The Condor*, may-june, n° 3, vol. 43, págs. 125-136.



El par de bandurrias de invierno en la hueria. Obsérvese la bolsa gular, y su dilatación en forma característica en el ave que está gritando



Una de las bandurrias asentada en el «nido».